

Universidad, pero menos

Cada año, cuando llega el solemne momento de inaugurar el curso académico en el Colegio Universitario, podemos oír las más hermosas palabras sobre la realidad universitaria de la provincia de Cuenca, gracias al espíritu de recogimiento, y la tranquilidad callejera, tan propicias para que reine el suave y fecundo imperio de los libros. Si hemos de hacer caso a las apariencias, Cuenca es ya una ciudad universitaria.

“Me permito considerar esta idea como de verdadera necesidad y urgencia política, social y económica, además de educativa y cultural. No es preciso decir cuánto ayudaría a disminuir problemas de la Universidad madrileña y de la propia capital de España y cómo contribuiría a dar vida y a enriquecer cultural y económicamente precisamente a algunas de las capitales españolas que menos se han visto favorecidas por el desarrollo, ciudades que, por otra parte, presentan admirables condiciones para el estudio tranquilo, para la expansión sana en el campo y los deportes y que se volcarían materialmente en favor de sus Facultades Universitarias.”

La idea “de verdadera necesidad y urgencia política, social y económica” no es de ahora sino de 1965 y su objetivo era bien simple: descongestionar la Universidad de Madrid, distribuyendo Facultades por las provincias próximas.

La idea no había sido expuesta —con las palabras que anteceden y otras muchas más— por un cualquiera, sino por el gobernador civil de Avila, José Antonio Vaca de Osma.

La idea no surgía por generación espontánea, sino amparada en la declaración formulada por el ministro de Educación y Ciencia, José Luis Villar Palasí, el 15 de julio de ese mismo año, ante las Cortes Españolas, al presentar la Ley de Educación. Hay que acabar con el fetichismo de la Universidad de Madrid, había dicho el ministro, creando otra en las proximidades de la capital.

Muchos, y con ellos el gobernador de Avila, entendieron que Villar Palasí, al hablar de descongestión, pensaba en otras ciudades. Por su cuenta y riesgo, Vaca de Osma hizo un plan, distribuyendo las Facultades de esta nueva Uni-

versidad entre las provincias castellanas. Que el plan no iba desencaminado lo demuestra la adjudicación que hizo a Cuenca: Ingenieros de Montes, Veterinaria y Ciencias Exactas, además de otras posibles Escuelas de grado inferior al de Facultad.

Ni que decir tiene que la idea se perdió en el limbo, sustituida por el invento de



POCO EDIFICIO PARA UN CENTRO UNIVERSITARIO

la Universidad Autónoma, la transformación del Instituto Politécnico en tercera Universidad madrileña y el proyecto ya en marcha de una cuarta Universidad, aglomeración estudiantil que a muchos parece una barbaridad.

Mientras seguía vigente el fetichismo de Madrid, en otras Universidades, con mucho menor número de problemas —en cantidad e intensidad— sí se acometía esa distribución facultativa y así,

ciudades sin tradición universitaria, como Málaga, Córdoba, Santander... recibían Facultades desgajadas del núcleo madre.

Tener una Facultad universitaria ha sido el sueño dorado de Cuenca durante muchos lustros. Conviene repasar otra vez la argumentación del gobernador civil de Avila para comprobar de qué modo acierta en sus palabras, si las aplicamos a nuestra ciudad: la tranquilidad, el espíritu de estudio, el impulso cultural, el desarrollo social, la animación de la vida provinciana...

Albricias por el regalo

No nos dio el Ministerio una Facultad, empeñado en seguir amontonando sobre Madrid miles sobre miles de estudiantes pero, a cambio, aceptó la institución de un Colegio Universitario. Albricias, gritaron llenos de gozo los altos responsa-

bles de la administración provincial, después de haberse limado, con no poco esfuerzo, las dificultades amparadas en el miedo hacia el qué pasará.

Filosofía y Letras y Derecho fueron las dos carreras autorizadas para el flamante Colegio “Cardenal Gil de Albornoz”. Con lo que, para empezar, quedaban fuera de beneficios la mayor parte de los estudiantes conquenses; las encuestas realizadas en el COU del año inmediata-